

EL ABUELO

Erasto León Zurita

Facultad de Filosofía y Letras

El abuelo fue un hombre de verdad, peleó en la Revolución al lado de Villa o de Carranza, según se diera el caso; y cuando eso de los balazos terminó, él se regresó al pueblo, llegó con dos plomazos en el cuerpo y con muchas ganas de ver a su mujer, es decir, a la abuela. Se esmeró en eso de trabajar la tierra y como el pueblo estaba en la mera sierra y él rengueaba varias veces, se rodaba pendiente abajo y como si nada, él se levantaba, se ponía su sombrero y sin sacudir el polvo de su chamarra o su pantalón seguía su camino. Así pasaron veinte años. Un día le dijo a la abuela:

—Consuelo; ya vivimos un tiempo en tu tierra, lo hice para darte gusto, ora sí, quieras que no, te vas conmigo al valle.

El era del valle. Allí había nacido cuarenta y dos años antes. El valle, que todavía existe, está lleno de un montón de pueblitos, unos más, otros menos, pero todos contentos; llegaron a Santa María sin más que lo que traían puesto, es decir él, su sombrero, y ella su rebozo, además de cinco hijos —tuvieron más, pero la mitad los habían enterrado allá en la sierra y otro, el más grande se peló pa'los Estados Unidos, a eso de la bracereada y allí se quedó para siempre. En esas condiciones llegaron al pueblo, ya lo estaban esperando dos tres pedazos de tierra quemada y débil que sus padres le dejaron como herencia, sin contar claro, deudas y recuerdos entre la paisanada.

Así pasaron muchos años, años buenos y años malos.

El era un hombre muy callado. Fue testigo con el tiempo de muchos acontecimientos: vio la lluvia de estrellas que duró ocho meses y que cuando terminó sacudió un temblor de tierra que tiró casas y abrió la tierra durante seis semanas; fue testigo de la visita que hizo el diablo al pueblo para llevarse el alma de las muchachas más chulas; participó en la captura de una banda de asesinos que eran especialistas en matar nenitos; dicen que cuando cayeron en manos de las gentes del pueblo, llamaron al cura para que los maldijera y que los rociara de agua bendita y que se volvieran caca. El vio con sus propios ojos, el año aquel que no salió el sol por castigo de Dios; vio también el cometa, ese que dicen las gentes de entendimiento que da una vuelta entera cada cien millones de años; en un tiempo, él llegó a cortar azucenas de oro que crecían en uno de los terrenos que heredó, pero un día por invitar a uno de sus compadres a cortar azucenas de oro se rompió el encanto y desapareció el terreno, dicen; yo no lo sé a ciencia cierta, pero dicen que esas azucenas las mandaba a Roma y que un día llegó un peregrino con una mula que traía la imagen del Dulce nombre de Jesús cargada en el lomo y que hoy es el santo patrón de Santa María.

Platicó el peregrino que venía desde Roma y que traía por encargo del papa, la imagen del dulce nombre.

Más tarde se supo que la mula cuando llegó a Santa María con su carga, se echó y ya no quiso caminar más. Por eso el peregrino presintió que Santa María era su destino.

El abuelo fue muy hombre y las desgracias siempre le hicieron lo que el viento a Juárez, cuando los tiempos del hambre, él se reía mientras los otros se iban muriendo poco a poco. Hubo años en que la tierra no le dio nada, otros años la mazorca se daba tanto que durante mucho tiempo podría él pasarla sin sembrar, pero sembraba y a la hora de la cosecha era el primero en probar las mazorcas crudas.

Cuando vino el hambre la gente lloró mucho, y se comieron todo, empezaron por comerse lo poco que el suelo árido producía como maíz, frijol, garbanzo, y los animales, grandes y chiquitos, que había desde toros y vacas, marranos y gallinas, hasta los pájaros, las ratas, las cucarachas, los chapulines, las chinches, las hormigas, y al final las piedras, la tierra, el polvo y todo lo que encontraron.

Igualmente lloraron cuando se soltó la peste; llegó de noche. Algunos que eran chamacos la vieron, dicen que era una sombra gris con una guadaña en las manos flacas, dicen que conforme iba entrando al pueblo, los perros se soltaron ladrando y aullando como nunca, como si lloraran, y también los nenitos tiernos lloraron mucho; la sombra esa pasó con el ruido de los perros detrás en un decir ¡Jesús! , y ya luego todo quedó silencio. Se llevó muchas almas por delante.

El abuelo pasó todas esas cosas y las contaba en las noches cuando hacía mucho frío como para no andar afuera jugando con la luna.

El fue quien nos dijo, quién y quiénes eran brujas en Santa María. El es quien salvó a Crédula recién nacida de morir peloteada en manos de esas brujas que volaban en sus escobas por el lado donde sale la luna llena. —De lejos se ven como bolas de lumbre— nos dijo.

Por eso yo siempre que veo una bola de lumbre me persigno y me acuerdo de él.

—Si yo hubiera peleado en la guerra mundial allí sí que hubieran matado, por eso de la bomba H que usaron y tanto avión y tanto invento nuevo— me dijo un día muy convencido. Se rascó la cabeza y luego se pasó la mano de piedra sobre la parte sumida que le dejó una bala arriba de la frente, luego se puso su sombrero desempalmado y siguió arriándole tierra a la milpa.

Aquello de que él sí era hombre de verdad, no es por otra cosa sino porque siempre fue callado, pero eso sí cuando algo no le gustaba lo decía cara a cara.

El caso es que murió hace justamente un año. En el velorio y en el entierro hubo llanto y todas esas cosas que no son muy necesarias a los difuntos, pero que uno se las ofrece ya sea de a verdad o nomás por no dejar.

Lo triste es que nomás murió y empezaron los pleitos y las mordidas entre hermanos y hermanas. Los rencores se encendieron como bolas de lumbre.

El asunto es que anoche estaba yo roncando, cuando tocaron la puerta, a tanto ruido es que oí. Pensé: quién será, y que salgo a abrir y era un cuate, me dijo que le diera una mano porque se había quemado su cantón, cuando llegamos ya estaban allí otros, nomás pujaban de tan pesado que estaba todo aquello que movían, me acomodé y a la de tres fuimos alzando un horcón que se salvó de la lumbre, entonces oí un quejido entre los escombros y el humo y una mano como de piedra se agarró de mi hombro y descansó con un suspiro, me dijo débilmente: Hijo, ya no puedo con esta carga ¡ayúdame! Cuando le vi la cara y el cuerpo cansados, era el abuelo con una bola de lumbre en la espalda doblada.

